

EL VELO, EL BURKINI Y LA IMPUREZA DE LA HISTORIA*

GENEVIÉVE FRAISSE

*Directora de investigación
Centre National de Recherche Scientifique (Paris)*

Palabras clave

Velo; Burkini; Intercultural; Feminismo; Islam.

Resumen

La prohibición del burkini en las playas de varios ayuntamientos franceses en el transcurso del verano 2016 ha dado lugar a intensos debates dentro del discurso político, y también en el feminismo. Retomando la afirmación de Levi Strauss de que las mujeres son a la vez signo y productor de signos, se avanza que el burkini tiene una función política, más que religiosa. Descartando la validez del argumento aún sin resolver del consentimiento, se concluye que lo que se trata, en el mencionada debate político sobre el burkini, no es de promover la igualdad de género, sino de utilizar el cuerpo de las mujeres para hablar de otra cosa. Las mujeres siguen, todavía en la actualidad, siendo el lugar del intercambio.

Claude Lévi-Strauss, última página de *Las estructuras elementales del parentesco*: «De todos modos la mujer jamás podía transformarse en signo y nada más que en eso, ya que, aún en un mundo de hombres, es una persona y, en la medida en que se la define como signo, uno se obliga a reconocer en ella a un productor de signos»¹. Al gran antropólogo le hicieron falta más de 500 páginas para que todo quede dicho: las mujeres sirven, antropológica y socialmente, a algo otro que a ellas mismas, pero este objeto de intercambio es asimismo, o no obstante, un sujeto de pensamiento. Objeto de intercambio y sin embargo sujeto (...). Sin broma. Refiriéndonos al burkini: es un signo, cierto es, una vestimenta por un lado, pero también hay un sujeto que lleva esta vestimenta. Esta vestimenta cubre

* Publicado en *Libération*, 29 septiembre 2016. Traducido por Magaly Thill.

¹ C. LEVIS-STRAUSS, *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 574.

el cuerpo en una sociedad que, al contrario, ensalza la desnudez, a veces comercial, y otras veces subversiva. Apolítica, cuando se trató de vender bikinis después de la Segunda Guerra Mundial; moralmente subversiva cuando, en los años post-68, surgió el deseo de hacer topless en las playas. Ya entonces, dicho sea de paso, este comportamiento transgresor no les gustaba a los ayuntamientos.

Velar, desvelar, cubrir, descubrir: es justamente este doble movimiento el que debe ser analizado. Mis amigos filósofos se equivocan cuando ridiculizan el debate, ayer sobre el velo, hoy en torno a una prenda de playa, haciendo referencia a «un trozo de tela» sin importancia, una elección vestimentaria que no merece un debate político. Al contrario, la historia del pensamiento ha tomado muy en serio la cuestión del velo y del desvelamiento de la verdad, verdad generalmente representada como cuerpo de mujer. «Suponiendo que la verdad sea una mujer» es la primera frase de Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*². La verdad puede estar velada o desvelada. Se trata de la misma y única cosa; es una cosa importante, nada anecdótica. Pero dejemos esta perspectiva metafísica, que nos alejaría de nuestro propósito, para subrayar que en esta época paradójica en la que coexiste una fuerte secularización y un retorno del fenómeno religioso, lo que cubre y descubre el cuerpo de las mujeres es una forma de referirnos, en una misma reflexión, a la vez a las similitudes y las diferencias empíricas que caracterizan los cuerpos sexuados. La democracia busca su similitud, las religiones defienden su diferencia. Desde el siglo XIX, cuando en Occidente se anunció que Dios había muerto, la alteridad de los sexos ha adoptado una nueva apariencia, doble, entre semejanza y diferencia.

¿El burkini es un signo —«ostensible», añaden nuestros políticos—, o el lugar de producción de signos? Dado que existe un sujeto, por debajo del burkini, veamos la producción de signos. Los hay varios y posiblemente contradictorios. El signo de una aceptación, sumisión a la opresión patriarcal y cuerpo supeditado, o el signo pragmático, que compatibiliza la libertad de bañarse con el precepto religioso, o el signo emancipador de una rebeldía frente a la realidad insistente, en Europa, de la discriminación racial y post-colonial. Esta producción de signos, diversos, nos obliga a pensar en términos de Historia, y no solamente de principios. En síntesis, si descartamos la idea, paroxística, que ve en el hecho de vestir el burkini una bandera terrorista, los signos que envía nos hablan a la par de emancipación y de opresión. Oigo por doquier el siguiente enunciado: «dejemos a las mujeres vestir lo que quieran, pero he de admitir que tolero mal el velo, el burkini y el burka». En vez de quedarnos atascados entre estas dos aguas, deberíamos recordar lo que el «consentimiento», palabra siempre invocada para reconocer o anular la libertad de las mujeres, significa en la era de la democracia. Esta palabra, desde los inicios de la época moderna, tiene dos significados contrarios, la elección, la libertad, pero también la

² F. NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, Alianza Editorial, Madrid, 2012.

aceptación de una relación de fuerza. Hoy en día, seguimos debatiendo sobre lo explícito o lo tácito en el consentimiento, de lo que está iluminado o desarmado en este acto de consentir³. Por tanto, aceptemos la diversidad de estos gestos más políticos que religiosos. Más políticos y, por ende, confrontados a los principios democráticos, no lo ignoremos.

Si se trata de una cuestión política, lo que finalmente todo el mundo reconoce, este debate debe ser confrontado al principio de igualdad de los sexos y de libertad de las mujeres. Dejemos de lado a nuestros gobernantes que abanderan la igualdad real de los sexos, aquí en Occidente, omitiendo las desigualdades sociales y económicas evidentes en Francia. La enorme proporción de mujeres pobres y monoparentales y la brecha salarial estructural nos impiden hablar de igualdad conseguida. Centrémonos en el debate feminista, afortunadamente contradictorio, que está dividido entre la crítica y el apoyo a estas prácticas vestimentarias. Aquí, nos adentramos en lo que llamo la historicidad de los sexos en oposición a una atemporalidad problemática. La afirmación de la igualdad y la libertad, nuestros principios (ciertamente) intangibles deben confrontarse, es decir enfrentarse, con la Historia que está en proceso. Con malas sorpresas (imponer un uniforme al cuerpo de las mujeres) y buenas sorpresas (demostrar que el velo no representa un impedimento para obtener una medalla en los Juegos de Río); y entender que en ambos casos, se está escribiendo la Historia. Si los principios son puros, la Historia es impura. No es una lección nueva. No obstante, se sigue pensando el feminismo dentro de una abstracción atemporal: lo que, a mis ojos, es una dificultad crucial, un obstáculo. Aprendamos a hacer frente al contratiempo. El conflicto es lo que produce historia.

Porque lo que pasa, en este momento de historia occidental, y de historia post-colonial, es que la emancipación, durante mucho tiempo pensada del lado de la ciudadanía, la educación, el acceso a las profesiones, es decir del lado de lo que crea la similitud de los seres humanos, todos los seres humanos, se convierte en un desafío vinculado al cuerpo en su diferencia empírica, en un proyecto de emancipación. Hubo, y sigue estando de actualidad, un desafío del control sobre la reproducción; también está el desafío de las identidades sexuales, evidentemente múltiples. De ahora en adelante admitiremos el desafío de los cuerpos historicizados por la religión y la geopolítica.

No hay motivos para celebrar. ¿Por qué? Porque no se trata, por tanto, de criticar la «instrumentalización» de los cuerpos de las mujeres, como si todos estuviéramos seguros de que sus cuerpos les pertenecen a ellas, las mujeres, y que son meramente «utilizados». El eslogan del siglo XX «mi cuerpo es mío» señala una revolución que apenas ha comenzado. La batalla se está librando. Así, la religión no es más que una forma entre otras, de un discurso que continúa, aquí y allí, manteniendo el control sobre el cuerpo de las mujeres.

³ G. FRAISSE, *Du consentement*, Seuil, Paris, 2007.

¿Les habéis oído, este verano, a todos estos hombres que debatían con soltura sobre el burkini, el cuerpo del otro/a, las mujeres? Sin pestañear.

Por esta razón, la palabra «instrumentalización» no va a la raíz del problema: a saber, que el cuerpo de las mujeres es un objeto de intercambio, pero también una moneda de intercambio, el «lugar» del intercambio. Lo utilizan para hablar de otra cosa, y hace mucho tiempo que dura.

Volvemos pues a nuestro punto de partida y al antropólogo: «El surgimiento del pensamiento simbólico debía exigir que las mujeres, así como las palabras, fuesen cosas intercambiables». Frase que, en la mencionada obra de Levi Strauss, aparece unas líneas antes de la cita recogida al principio del presente artículo. Me encuentro nuevamente, cual una Sísifo, al pie de la montaña, empujando mi roca.

TITLE

THE VEIL, THE BURKINI AND THE IMPURITY OF HISTORY

KEY WORDS

Veil; Burkini; Intercultural; Feminism; Islam.

ABSTRACT

The prohibition of the burkini on the beach in several cities in France during Summer 2016 gave rise to intense debates in the political arena, but also among feminists. Starting from Levi Strauss' statement that women are sign and signs producers, this article suggests that the burkini has a political function, rather than a religious one. Dismissing the validity of the argument of consent, which has not been solved yet, the author comes to the conclusion that, the political debate around burkini is less about the promotion of gender equality, than about the use of women's body argument to talk about something else. Women are still today the place of the exchange.

Fecha de recepción: 4/4/2017

Fecha de aceptación: 17/4/2017